

UTOPIÍA Y PODER EN EUROPA Y AMÉRICA

Moisés González García
Rafael Herrera Guillén



tecno
s

Diseño de cubierta:
Miguel Uriarte

UTOPÍA Y PODER
EN EUROPA Y AMÉRICA

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística, fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© MOISÉS GONZÁLEZ GARCÍA y RAFAEL HERRERA GUILLÉN, 2015

© EDITORIAL TECNOS (GRUPO ANAYA, S. A.), 2015

Juan Ignacio Luca de Tena, 15 - 28027 Madrid

ISBN: 978-84-309-6707-0

Depósito Legal: M. 38.198-2015

Printed in Spain

ÍNDICE

PRELIMINAR	11
CAPÍTULO I. UTOPIA Y PODER IMPERIAL EN EUROPA Y AMÉRICA, por <i>Rafael Herrera Guillén</i>	15
1. UTOPIA Y BARBARIE IMPERIAL	15
2. LA RAZÓN UTÓPICA	16
3. TIERRA DE NADIE	18
4. LA LEYENDA NEGRA DE OCCIDENTE	21
5. LOS MONSTRUOS DE LA ILUSTRACIÓN: GOYA	23
6. EL TARDÍO DESPERTAR DE LAS TINIEBLAS: JOSEPH CONRAD	26
7. LA BARBARIE PRECURSORA: ÁNGEL GANIVET	32
CAPÍTULO II. SIMBOLISMO DE LA CIUDAD EN EL PENSAMIENTO CRISTIANO: JERUSALÉN, BABILONIA Y ROMA, por <i>Juan Ignacio Morera de Gujardo</i>	39
1. LA CIUDAD ENTRE LA FICCIÓN Y LA REALIDAD	39
2. LA NUEVA JERUSALÉN EN EL <i>APOCALIPSIS</i> DE JUAN	47
3. SENTIDO Y ALCANCE DE <i>LA CIUDAD DE DIOS</i> DE AGUSTÍN DE HIPONA	56
4. ROMA CRISTIANA: SU PROYECCIÓN	65
CAPÍTULO III. UTOPIA, COSMOPOLITISMO E IMPERIALISMO EN EL PENSAMIENTO ANTIGUO, por <i>Salvador Mas</i>	75
BIBLIOGRAFÍA	90
CAPÍTULO IV. UTOPIA Y PODER EN LOS ORÍGENES DE LA MODERNIDAD: LA UTOPIA COMO PROYECTO POLÍTICO Y SUS CRÍTICOS, por <i>Moisés González García</i>	95
1. LA OPCIÓN UTÓPICA: TOMÁS MORO	99
2. LA OPCIÓN REALISTA: MAQUIAVELO	109
CAPÍTULO V. UTOPIA Y PODER EN PORTUGAL, por <i>José Eduardo Reis, Marla Luis Malato, Jorge Bastos da Silva y Fátima Vieira</i>	117
1. PREÁMBULO	117
2. LOS ORÍGENES: PROVIDENCIALISMO MESIÁNICO Y MILENARISMO UTÓPICO	118

CAPÍTULO X. LA RECEPCIÓN POR PARTE DE MARX Y ENGELS DEL SOCIALISMO UTÓPICO Y SU RESONANCIA EN EL SOCIALISMO CIENTÍFICO, por <i>Francisco José Martínez</i>	227
CONCLUSIÓN.....	249
CAPÍTULO XI. UTOPIA Y PODER EN ESTADOS UNIDOS, por <i>Maria Teresa Castilho y Teresa Botelho</i>	251
1. PREÁMBULO.....	251
2. DE LA ANSIEDAD UTÓPICA A LA IDEOLOGÍA DEL PODER EN LOS ESTADOS UNIDOS.....	251
3. UNA UNIÓN MÁS PERFECTA: UTOPIAS DE PLURALIDAD EN LOS ESTADOS UNIDOS.....	256
BIBLIOGRAFÍA.....	266
CAPÍTULO XII. UTOPIA Y DISUTOPIA EN EL SIGLO XX: RICOEUR, BLOCH, KOLAKOWSKI, por <i>Carlos Gómez</i>	269
1. UTOPIA E IDEOLOGÍA: P. RICOEUR.....	270
2. UTOPIAS Y HETEROTOPIAS: M. FOUCAULT.....	275
3. DE LA ESPERANZA TEOLÓGICA A LA ESPERANZA SECULAR: E. BLOCH.....	277
4. KOLAKOWSKI Y LA CRÍTICA A LA FILOSOFÍA ESCATOLÓGICA DE LA HISTORIA.....	282
BIBLIOGRAFÍA.....	289
CAPÍTULO XIII. LA UTOPIA EN EL PENSAMIENTO CONTEMPORÁNEO: ALAIN BADIOU, JACQUES RANCIÈRE Y GIORGIO AGAMBEN, por <i>Antonio Sánchez</i>	293
BIBLIOGRAFÍA.....	309
CAPÍTULO XIV. AMÉRICA MESTIZA: SOL DE ESPERANZA, por <i>Nomas Armando Gil</i>	311
CAPÍTULO XV. LA FÉRREA VOLUNTAD UTÓPICA DE LA MODERNIDAD EN LA REBELIÓN DE LOS INDIGNADOS, por <i>Jorge Velázquez Delgado</i>	319
BIBLIOGRAFÍA.....	340
CAPÍTULO XVI. FILOSOFÍA LATINOAMERICANA: EL PODER DE UNA UTOPIA CONTINENTALISTA PARA EL SIGLO XXI, por <i>Hilda Naessens</i>	343
1. RESUMEN.....	343
2. INTRODUCCIÓN.....	343
3. «VISION CONTINENTALISTA» DE LA FILOSOFÍA.....	344
4. VISION CONTINENTALISTA DE LA FILOSOFÍA EN JOSÉ GAOS Y FRANCISCO ROMERO.....	346
5. VISION CONTINENTALISTA DE LA FILOSOFÍA HISPANOAMERICANA EN EL SIGLO XXI.....	353

XIV

AMÉRICA MESTIZA: SOL DE ESPERANZA

Numas Armando Gil

Intentar definir a la noción de utopía es muy complicado, dada la multiplicidad de enfoques paradójicos y problemáticos. Pero una de las que más se aproxima es aquella que plantea que la Utopía es un término de origen griego desconocidos para ellos. Esa palabra Utopía no existió en la lengua griega; pues solo vino a aparecer en siglo XVI en el Latín de los humanistas, formada por Tomás Moro con la partícula negativa OU y el sustantivo *topos*. Con ella se quería designar un lugar inexistente, un «en ninguna parte». Moro la puso en circulación en su obra *De optimo rei publicae statu, deque nova insula utopia* (Sobre la mejor constitución del Estado y sobre la nueva isla utopía), publicada en Lovaina en noviembre de 1516.

La utopía de Moro dio origen, no solo a un género literario, sino también un estilo de pensamiento sociológico y político.

Las utopías florecieron copiosamente en el renacimiento, y tanto en la época moderna como en nuestros días han continuado floreciendo. De ahí que el vocablo se haya incorporado a todas las lenguas modernas. No ha existido una época importante que no haya contado con una o varias utopías. Esta es una de las razones de que el utopismo sea considerado frecuentemente como un fenómeno histórico típicamente moderno.

A Tomás Moro se le califica como el creador del término Utopía y, quizás, del género literario; pero no de la intención utópica. Porque si hacemos una pesquisa histórica, encontramos planteamientos utópicos en la Odisea de Homero. En la «Edad de Oro» de Hesíodo y en Píndaro con su obra *La Isla de los Bienaventurados*, obras donde se respira un paraíso terrenal, lugares edénicos, donde los personajes retornan como a su lugar. El caso son las ansias de Ulises con todas

sus peripecias para retornar a su Ítaca. «Es probablemente Platón quien retoma con fuerza cierta concepción de lo que podemos llamar "Autopía". Recupera el mito antiguo de los Atlantes y de su Atlántida en conjunción con el mito de la Edad de Oro de Hesíodo. Pero en Platón no todo es retrospectiva (edad pasada, edad de nostalgia). Lugar aparte merece al respecto la República que dibuja una comunidad de bienes para las clases gobernantes y guerreras.

»Muestra la estructura de una sociedad justa donde gobiernan los más sabios (los filósofos) y se establece una gran jerarquía social. La utopía de Platón la realiza en una ciudad antigua de la que él no es partícipe, la cual es racionalizada e idealizada en sus instituciones.

»No habría que olvidarse de Aristófanes y su Asamblea de mujeres, a mitad de camino entre la utopía propiamente dicha y lo que en el siglo xx va a denominarse contra utopía o anti utopía»¹.

Todas las utopías anteriores pasaron a Roma y serán reinterpretadas por Ovidio, Horacio. Ovidio retoma la utopía de Hesíodo de la Edad de Oro en sus *Metamorfosis*. Y Horacio invita a abandonar a Roma y busca «Las islas afortunadas».

El suelo nutricio de la Utopía de Platón es la Metafísica, otra palabra que tampoco existía en la lengua griega, pues fue acuñada en Roma tres siglos después de Platón por el compilador del *Corpus Aristotelicum*. Sin embargo, esa palabra expresa exactamente lo que buscaba Platón: un fundamento último de las cosas, situado más allá de ellas, allende el universo, es decir, en «ninguna parte», porque el universo es el ámbito de todos los lugares.

Platón encuentra ese fundamento en lo que llamó la Idea. Y como ésta sustenta tanto la realidad física como la realidad política, su filosofía no es solamente una metafísica sino también una metapolítica. Y así como la primera divide el mundo en un mundo sensible de apariencias y un mundo inteligible de las ideas, la segunda divide lo político en una esfera imperfecta y menesterosa de reformas, la de la realidad política existente en un momento determinado, y una esfera de lo ideal, del deber ser, hacia la cual debe aspirar aquella, si quiere alcanzar su perfección y su verdad. Semejante contraposición de las dos esferas es la última fuente histórica a que se pueden retrotraer todas las Utopías que ha habido en Occidente.

Pero el hecho de que Platón sea el último punto de referencia histórico de las diferentes manifestaciones de lo utópico, no significa que él sea el inventor del espíritu utópico. Este es más bien una

¹ T. DOMINGO MORATALLA, *Utopía (En 10 palabras claves en filosofía política)*, Edición Verbo divino, Navarra, 1998.

dimensión esencial del ser del hombre; está, por tanto, en conexión con las estructuras fundamentales de la existencia humana.

A diferencia del animal, que solo puede moverse en el ámbito constituido por el mundo natural que le ofrecen sus sentidos y sus instintos, el hombre posee, además, un mundo que surge de su corazón. Este es el mundo de sus sueños, de sus anhelos y esperanzas, de sus ilusiones y fantasías. No importa que se lo llame el mundo ideal, el deber ser o lo valioso.

Lo importante es destacar que dicho mundo es el medio a través del cual el hombre entra en diálogo con el mundo real interpretándolo, modificándolo, planificándolo o destruyéndolo, de acuerdo con sus fantasías y proyectos.

Frente a la resistencia que le ofrece la realidad, el hombre unas veces sale triunfante y otras, derrotado. Cuando, en este último caso, se empeña en hacer valer frente a la realidad que se le resiste los productos de su imaginación, ingresa en los senderos de Utopía. El espíritu utópico tiene, pues, sus raíces existenciales en la incongruencia entre la realidad y el deseo.

Sin embargo, el utopismo puede manifestarse en dos formas diferentes, según sea el grado de la incongruencia. Por ello hablemos de sus dos caras:

En la actitud utópica, el hombre niega la realidad, porque ésta no coincide con sus ideas, e intenta cambiarla haciéndola coincidir con ellas. En esta empresa puede tener éxito o fracasar. Si la incongruencia es accidental, es decir, si radica en estructuras variantes de la realidad, posiblemente esta cede a la presión de las ideas, se abre a ellas, les da cabida en su seno y les sirve de soporte. En este caso, la utopía es una fuerza promotora de nuevos procesos y de nuevas formas de la realidad. Los ejemplos de ellos están a la mano de todo el mundo. Muchas de las cosas importantes que han ocurrido en la historia no eran al comienzo más que utopías. Desde este punto de vista, la definición de Lamartine es exacta: «La utopía no son a menudo más que verdades prematuras». Pero si la incongruencia es esencial, es decir, si radica en estructuras invariantes de la realidad, las ideas se estrellan contra ella y el utopismo se hace quimérico.

Este utopismo quimérico es el tema de la más grande novela de nuestra lengua: *El ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Don Quijote quiere imponerle sus fantasías al mundo real, a pesar de que éste las rechaza por la fuerza de leyes de esencia.

Pero Cervantes lleva el drama del choque de los dos mundos a tal extremo, que la incongruencia entre lo real y lo ideal, por potenciación de la contraposición, se convierte en una identificación.

«Don Quijote no pretende reformar la realidad ajustándola a sus ideas. En su cabeza alucinada, el mundo real y el mundo de sus sueños son, de ante mano, lo mismo. Para él, la venta es realmente un castillo y los molinos de viento, verdaderos gigantes con quienes se traba en una batalla real. Así, en manos de Cervantes el utopismo se convierte en quijotismo»².

Lo que se propuso Cervantes con su genial creación es ridiculizar el mundo utópico de los libros de caballería. Pero, de hecho, ridiculizar también el mundo de las utopías socio-económicas de su tiempo. El episodio de la gobernación de Sancho en la ínsula Barataria nos hace pensar en la «Ínsula Utopía» del libro de Moro. Esta aparece allí en caricatura.

La caracterización comienza ya con la ubicación de la isla. Cervantes la sitúa en tierras del Duque, Alcalá del Ebro, como se supone, cerca de Zaragoza, que está tan lejos del mar.

Es, pues, una isla en tierra firme, un disparate de isla. Sancho se atiene a principios ideales reconocidos, muy adecuados para un buen gobierno. Pero su gestión gubernamental se convierte en una bufonada. Y la historia entera es una amarga burla. Al convertir en realidad las utopías políticas de Don Quijote, los Duques solo quieren divertirse y divertir a su gente con las locuras del caballero andante y su escudero, y, al mismo tiempo, poner en ridículo los sueños políticos de los utopistas. Sancho Panza, en el gobierno de su ínsula, demuestra con el ejemplo lo absurdo de las utopías quiméricas.

En el Medievo, la utopía la realizaron, la imaginación religiosa, como la Utopía tanto *La ciudad de Dios* de Agustín, donde une elementos utópicos, religiosos, escatológicos y políticos.

Las crisis de las sociedades y sus cambios respectivos dejan muchas huellas. El momento histórico, como el llamado Renacimiento, está marcado por la transición y la incertidumbre. La crisis es tan tensa que aparecerán intelectuales como Moro, Erasmo, Campanella, Bacon. Campanella da a conocer su utopía en *La ciudad del Sol* (1623), donde argumenta el heliocentrismo del Renacimiento, y Francis Bacon su *Nueva Atlántida*. En su Utopía Bacon plantea la unión de la técnica y de la ciencia exacta. Publicada en 1627, una década antes que el *Discurso del método* (1637) de Descartes y los *Diálogos acerca de las nuevas ciencias* (1638) de Galileo. Bacon en su utopía la Nueva Atlántida describe una isla lejana, ubicada en el Mar del Sur, a donde llegan sus descubridores después de darse a la vela en una costa del Perú. En ella se vive bajo la acción de una cas-

² D. CRUZ VELEZ, *Tabula Rasa*, Planeta, Bogotá, 1991.

ta de científicos que logran portentosos inventos aplicando la ciencia a los problemas técnicos.

Entre esos inventos figuran el micrófono y el altoparlante, la fotografía, el audífono y el teléfono, la incubadora, automóvil y el aeroplano, el submarino y el robot.

Todas estas utopías de Bacon comenzaron a convertirse en realidad mucho tiempo después, pero lo que hizo posible su realización fue la ciencia exacta de la naturaleza fundada por Galileo, la cual terminó por ser aplicada a los problemas técnicos, tal como lo había soñado Bacon en su Utopía.

Como argumentamos anteriormente, la Utopía floreció copiosamente en el Renacimiento y, tanto en la Edad Moderna como en nuestros días, han continuado floreciendo. De ahí que el vocablo se haya incorporado a todas las lenguas modernas. Pero quien lo actualizó con sus derivados (utopismo, utopista, mentalidad utópica, etc.) fue Karl Marx.

Marx caracteriza la utopía como un producto del capitalismo moderno y de las luchas entre el proletariado industrial y la burguesía. En su opinión esas luchas tenían que desembocar necesariamente en teorías utópicas, porque al comienzo solo podían librarse en el campo de doctrinas abstractas, de proyectos quiméricos y de exigencias justas pero irrealizables, como los socialistas utópicos y eso se dio porque aun según Marx el capitalismo no se había desarrollado hasta el punto de poder hacer salir de su seno las contradicciones insalvables que condicionarían posteriormente a la revolución.

Semejante construcción de Marx, en la cual el utopismo queda encuadrado en el marco de la época moderna como un fenómeno histórico pasajero, que ha sido refutado por la historia de nuestro tiempo. Pero el «fin de la Utopía» no ha llegado aún. Los utopistas siguen construyendo utopías con renovado afán y continúan encontrando prosélitos entusiastas.

«Es interesante observar que las utopías contemporáneas, en forma de novelas de anticipación de carácter político, han cesado enteramente de describir una sociedad feliz para presentarnos la imagen de un mundo aterrador. Se las puede llamar utopías negativas... Los "socialistas científicos", o marxistas, llamaron utópicos a todos los demás; hoy son considerados utópicos ellos mismos»³.

En nuestra América Mestiza, el sol es de esperanza; es la región donde van a morir los sueños y locuras de Europa. Y ha sido el destino de muchas tradiciones del mundo y es también la región donde

³ E. HARO TECGLÉN, *Diccionario Político*, Planeta, Bogotá, 1996.

van a resurgir y resucitar los sueños y la sabiduría de Europa. Una región que sabe aprender de las experiencias y los fracasos de ese continente.

«No es posible ignorar que con la Europa conquistadora vino también la Europa descubridora, y que esta doble presencia delata las discordias que por entonces desgarraban al viejo mundo, y sobre todo al imperio sorpresivo, contrahecho y violento de Carlos V. Vinieron los pizarros pero también Oviedo y Las Casas, vinieron los genocidas pero también los observadores de la naturaleza, vinieron los destructores de los pueblos y borradores de culturas, pero vino también Juan de Castellanos, vinieron los que buscaban saquear, pero también vinieron los que se esforzaron por convivir. Y es por eso, porque a América Mestiza no llegaron solo los bandidos, los saqueadores y los asesinos sino también algunos representantes del humanismo latino y del Renacimiento, por lo que los Mestizos de América somos irrenunciablemente Europeos»⁴.

¿Acaso don Simón Rodríguez, el maestro libertador Simón Bolívar, no bebió y se alimentó espiritualmente del *Sape Aude*, la divisa de la ilustración? Tanto es así que en su proyecto educativo para la gran Colombia, tenía que tener una proyección utópica, en el sentido de no ser realizable en el momento de su formulación; pero que debía ejecutarse en la sociedad republicana liberal, que debe construirse a la mayor brevedad.

La utopía educativa del maestro Simón Rodríguez no puede entenderse como un sueño o un delirio, sino como un programa para el futuro inmediato de las naciones americanas. Se trata de convertir en realidad la obra del canciller Tomás Moro. «Su Utopía será la América», sentenció con claridad Rodríguez (para más argumentos consultar a Simón RODRÍGUEZ en *Obras completas*, Tomo II, Corporación Marca, Caracas, 1970, p. 121), que logró vislumbrar la fuerza de la utopía como palanca de un nuevo mundo nuevo, como ideal político, educativo, cultural, económico, que en la obra de Moro fue imaginado, en una isla gobernada por una democracia, sin propiedad privada, comunidad familiar, absoluta tolerancia religiosa.

El genial maestro caraqueño predijo que el hogar de la utopía debía de ser América, donde la utopía literaria tenía que convertirse en utopía histórica.

Don Simón Rodríguez se anticipó casi un siglo al gran Henríquez Ureña, que pedía un resurgimiento de la utopía en América. «Hoy, en medio del formidable desconcierto en que se agita la humanidad,

⁴ W. OSPINA, *América Mestiza. El país del futuro*, Aguilar, Madrid, 2004.

solo una luz unifica a los espíritus: la luz de la utopía, reducida es verdad, a simples soluciones económicas por el momento, pero utopía al fin, donde se vislumbra la única esperanza de paz entre el infierno social que atravesamos»⁵,

Otro gran americano, pues en 1922 también invitaba a devolverle a la utopía su fuerza como proyecto de reforma social, educativa de justicia económica en una dirección parecida al del maestro Rodríguez, que con seguridad no conocía el dominicano.

Nuestra América Mestiza conserva plenamente el legado europeo: sus religiones, sus lenguas, sus valores, sus instituciones, sus artes y sueños.

América volvió americanas las lenguas; el español, el inglés, el portugués, el francés y, finalmente, las convirtió en lenguas planetarias.

América, cada cierto tiempo, reinventa y redefine la democracia, el sueño de griegos y cristianos. Prolongó y enriqueció la tradición grecolatina, la Declaración de los Derechos Humanos, la herencia de la Revolución Francesa, la idea de la República que se fue decantando de Platón a Montesquieu, de Juana de Arco a Garibaldi, de Byron a Bolívar. Somos — como lo argumenta William Ospina una suerte de síntesis del resto del mundo —. A nuestra América Mestiza llegaron los asiáticos hace treinta mil años, los ibéricos hace cinco siglos, los africanos hace cuatro. A partir de cierto momento la migración se aceleró; llegaron ingleses y franceses, alemanes e irlandeses, judíos y chinos, italianos y sirio libaneses, holandeses y polacos, indios y japoneses. Todas las tradiciones y las memorias, los dioses y los rostros humanos; el continente fue la nueva Roma y la nueva Babilonia, madre de religiones, prisma de lenguas, comarca de la nostalgia y de la esperanza.

El poeta argentino Jorge Luis Borges dijo con ironía que los únicos europeos verdaderos somos los latinoamericanos, que vemos a Europa como un todo del que nos sentimos herederos; en tanto que en Europa casi no hay europeos sino apenas ingleses, franceses, italianos, españoles, húngaros o griegos. A veces tememos que ni siquiera existan los españoles sino castellanos, catalanes, vascos, asturianos o gallegos.

Somos el continente que menos puede envanecerse de ningún tipo de pureza, ni razas puras, ni lenguas puras, ni costumbres ni culturas homogéneas.

⁵ P. HENRÍQUEZ UREÑA, *La utopía de América*, Ensayos, Allca-Unesco, Madrid, 1998, pp. 270-271.

En nuestra América Mestiza la naturaleza parece lo único original, vivimos una originalidad más sorprendente: la flor de las fusiones culturales. Aquí se dieron cita los relatos planetarios, aquí encontró J. L. Borges el Aleph, que concentra el universo en un punto. Nuestra América Mestiza es el lugar donde Darwin integró los caminos de la vida, donde Humboldt descubrió el cosmos, donde la historia se ha pasado a vivir como un sol de esperanzas. Porque somos mestizos no tenemos una síntesis perfecta ni en el espacio ni en el tiempo; pero sí existe un anhelo arraigado en el corazón y nuestro realismo idealista nos lleva a defender la utopía, una utopía en los límites de nuestro ser. En grande inventamos o erramos.